

Tensiones ecuménicas en Minsk



El Papa está deseoso de encontrarse con el Patriarca Cirilo, de Moscú, «en cualquier lugar». Según la agencia *Asiameus*, el Pontífice le transmitió este mensaje al Patriarca Bartolomé I, de Constantinopla, durante su peregrinación a Tierra Santa. Las relaciones entre Roma y Constantinopla, que ostenta el primado honorífico en la Ortodoxia, son excelentes, pero las cosas no es tan fácil con Moscú, la Iglesia ortodoxa con más fieles. Estas dificultades volvieron a hacerse patentes, del 2 al 6 de junio, en el IV Forum Europeo Católico-Ortodoxo, celebrado en Minsk (Bielorrusia), territorio canónico del Patriarcado de Moscú. El encuentro contó con 35 representantes de las Iglesias ortodoxas de Europa y del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa, entre ellos el arzobispo de Granada, monseñor Javier Martínez. El Secretario de Estado vaticano, el cardenal Parolin, dirigió a los participantes un mensaje del Papa, pidiendo que «la libertad religiosa sea tutelada en todos sus aspectos». El mensaje final del encuentro insistió en la línea habitual de defensa de las raíces cristianas y la moral en Europa.

Pero la cumbre estuvo muy condicionada por el conflicto político en Ucrania. En las últimas semanas, se han producido en el este del país agresiones contra sacerdotes católicos y del Patriarcado de Kiev, no reconocido por Moscú. Recientemente, el Gobierno de Ucrania denegó el acceso al Metropolitano Hilarión, responsable de Relaciones Externas de la Iglesia de Moscú. El mismo Hilarión no ahorró palabras de crítica en Minsk contra los greco-católicos (*uniatas*) ucranianos, a quienes acusó de adoptar «una posición extremadamente politizada» y contribuir «a la polarización de la sociedad y el empeoramiento del conflicto», de la mano de «los cismáticos» (Patriarcado de Kiev), que «tratan de dividir» a la Ortodoxia.

El cardenal Parolin, en Polonia

La crisis de Ucrania estuvo también muy presente en el viaje del Secretario de Estado del Papa a Varsovia, donde conmemoró, el pasado 2 de junio, tres importantes efemérides: los 25 años del establecimiento de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede y de las primeras elecciones semi-libres en el país (con triunfo arrollador de *Solidaridad*), y el 30 aniversario del primer viaje a su patria como Sumo Pontífice de san Juan Pablo II.

Preguntado sobre Ucrania, el cardenal Pietro Parolin dejó claro que, para la Santa Sede, «no se trata de un regreso de Kiev al hogar europeo, sino, más bien, de una vuelta a casa». Los disturbios en el inicio de esta crisis se originaron después de que el ex Presidente Yanukovich rechazara firmar un acuerdo de asociación con la Unión Europea y, en su lugar, terminara firmando un acuerdo con el Presidente ruso, Vladimir Putin, que los críticos –incluidos la Iglesia católica y el Patriarcado de Kiev– interpretaron como un nuevo vasallaje a Moscú.

Por otro lado, el cardenal Parolin alabó el «período interesante y atractivo» marcado por «el amor a la libertad» que se abrió hace 25 años en Polonia –y que «fue una fuente de inspiración y ejemplo» para todo el continente–, aunque insistió en que aún es preciso defender la libertad religiosa y los demás derechos fundamentales en Europa. El Secretario de Estado insistió también en la importancia de la familia, y en una de las naciones del mundo con menor tasa de natalidad, pidió a los matrimonios que acojan «todos los niños que Dios quiera daros».

Eslovaquia blinda el matrimonio

La Cámara Nacional de Eslovaquia ha aprobado, por 102 votos a favor y 18 en contra –sobre un total de 150–, una enmienda a la Constitución para blindar el matrimonio como el «vínculo único entre un hombre y una mujer. La República de Eslovaquia protege absolutamente el matrimonio y procura el bien del mismo». En la motivación de la reforma, se subraya que «no es posible que los derechos y obligaciones derivados del matrimonio le sean conferidos a algo que no sea la unión legalmente reconocida entre un hombre y una mujer». La reforma fue introducida en febrero por el Movimiento Demócrata Cristiano (KDH), pero su aprobación sólo ha sido posible por el apoyo del gobernante partido socialdemócrata *Smer*, que goza de la mayoría absoluta.

Libros

«En un siglo, la poesía francesa ha rehecho la experiencia de todo el paganismo y ha pasado, de los sueños salvajes de la Revolución y del romanticismo, al nihilismo, al materialismo y a la completa desesperación».

Así describe Paul Claudel la cultura francesa en el cambio de siglo, aunque el diagnóstico se podría extender hasta el trauma colectivo de la Gran Guerra. Frente a eso, no fueron pocos –empezando por varios poetas malditos– quienes



encontraron en la Iglesia católica respuesta y consuelo. En *El resurgimiento católico en la literatura europea moderna (1890-1945)* (Ediciones Encuentro), Enrique Sánchez Costa presenta cómo fue, en Francia, Inglaterra y España, este fenómeno ignorado por el paradigma historiográfico y literario actual.

En comparación con el *revival* inglés que ya describió Joseph Pearce, el francés resulta más turbulento, más marcado por las limitaciones humanas, por el malogramiento de algunas conversiones, por el conflicto que supuso para muchos de sus protagonistas la atracción homosexual, e incluso por el escándalo político.

Es el retrato de una época fascinante, en el que conviven las vanguardias y el redescubrimiento del pensamiento tomista. Este *renacimiento* católico alcanzó, de una forma u otra, a toda la sociedad del momento. Basta pensar en la relevancia que tuvieron iniciativas como la *Nouvelle Revue Française* y la colección *Le Roseau d'Or*, que no eran confesionalmente católicas, pero aglutinaron a muchos conversos del entorno de Claudel y Jacques Maritain. El pensamiento de este último influyó en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en la democracia cristiana europea, y en el Concilio Vaticano II. Este fenómeno fue también una oportunidad de maduración para la Iglesia, que vio cómo asumían el protagonismo los laicos, muchos de ellos conversos, y con más sensibilidad artística que los escritores *canónicos* –hoy olvidados– de décadas anteriores.

Con todo, lo más atractivo del libro de Sánchez Costa es descubrir el entramado de amistades y relaciones que fue el sustrato de este fenómeno. Como dijo Gabriel Marcel sobre su conversión, «uno va a Dios a través del hermano. He conocido a personas en las que sentía la realidad de Cristo tan viviente, que no me era posible dudar». Amistades de las de antes, alimentadas, por ejemplo, en los encuentros que hicieron «del modesto hogar [de los Maritain] uno de los centros de vida espiritual más fecundos de Francia e incluso de Europa»; y plasmadas por algunos de los mejores escritores de la época en cartas escritas a corazón abierto.

«He sufrido tanto en los últimos meses –le escribía en una de ellas Francis Jammes a Claudel– que la plegaria sola me consuela. Claudel, necesito a Dios. Quizá un día le escriba sobre ello. Tengo el hambre de que usted me hablaba». Y la respuesta: «¿Cómo desearía ser un santo para hablarle, querido amigo, y para decirle palabras santas, graves y consoladoras! En lugar de ello, no soy sino un pecador y un escritor ridículo».